



PAÑO

¿Cómo se puede estar criticando a Bush y a los chinos porque no firman el Protocolo de Kioto, cuando en nuestras casas mantenemos esa ridícula verbena? ¿Cómo se atreven a presumir de su filantropía cuando no tienen un ápice de consideración con el planeta?

Lo tiene muy duro el Fideicomiso de Conservación con su proyecto para reducir la contaminación lumínica. Esa es probablemente el área donde existe más arrogancia y donde hay menos conciencia de que el gasto de uno nos afecta a todos. Parece que como la gente paga tan cara la electricidad, se cree con derecho a desperdiciarla. Y a diferencia de otro tipo de contaminación, aquí quienes más contaminan son las familias más acomodadas y supuestamente cultivadas. No me estoy refiriendo a la borrachera de bombillitas de la decoración navideña, que esa es otra: impera la noción, no sé muy bien por qué, de que si las fachadas no se abarrotan de luces, es que hay tristeza en el ambiente. Como si la felicidad creciera en proporción inversa al ahorro y al sentido común. Una cosa de locos.

Pero en términos de la iluminación regular durante el resto del año, no hay nada que justifique el desmadre. Hogares que a lo mejor permanecen cerrados durante días o semanas, pero en los que dejan los focos prendidos, las luminarias, las lámparas interiores, esa gastadera que es una vulgaridad y una ofensa a la noche.

Hace unos meses publicaban en este diario unas gráficas sobre los niveles de contaminación lumínica y aparecía una comparación entre varias islas y otros países de la cuenca del Caribe. Todos gozaban de extensas zonas oscuras, menos Puerto Rico. Y supongo que mucha gente pensará que eso es motivo de orgullo, lo iluminados que estamos y lo bonito que nos vemos. Como quien dice: gordura es hermosura. Pero no, realmente no hay nada de lo que uno pueda vanagloriarse. Al contrario, dice poquito de nosotros, los nuevos ricos que están botando la casa por la ventana: mucha luz a todas horas para que vean que no nos importa la factura.

El Fideicomiso advierte que el exceso de luces nocturnas atenta contra el ciclo de vida de la fauna, contra el anidaje de tortugas marinas, contra los cuerpos de agua bioluminiscentes. Pero lo que es peor, a mayor consumo, habrá más gases de efecto invernadero, dióxido de carbono, metano y todo lo demás. ¿Cómo se puede estar criticando a Bush y a los chinos -Bush es uno; los chinos son multitud- porque no firman el Protocolo de Kioto, cuando en nuestras casas mantenemos esa ridícula verbena? ¿Cómo se atreven a presumir de su

filantropía cuando no tienen un ápice de consideración con el planeta?

Una de las excusas es la seguridad. Sentimos una primitiva desconfianza hacia la penumbra y pensamos que a más bombillas encendidas, a mayor claridad, más lejos mantendremos a los delincuentes. Yo creo que eso funcionaba antiguamente, cuando los ladrones sentían respeto por las cosas y se intimidaban ante un patio iluminado. Eran otros tiempos, los cacos preferían actuar a oscuras y llevaban antifaz y linterna, tal como los vemos en los muñequitos y en las películas del siglo pasado. Ahora no les importa ni que los retraten en los bancos, menos les va a importar la luz, al contrario, la agradecen para no tropezar y detectar las púas.

Se desgañitan los científicos advirtiendo que cualquier estrategia para mitigar los efectos del cambio climático tiene que partir de una respuesta individual: apagar las luces que no hacen falta, el aire acondicionado puesto por gusto, los televisores que nadie ve, las secadoras de ropa, que consumen una barbaridad, cuando a lo mejor en el hogar hay patio. Y ahora se va a desgañitar el Fideicomiso pidiendo que se apaguen un poco de luces. Habría que empezar por los edificios del Gobierno; por las alcaldías, por los centros bancarios de la Milla de Oro, iluminados hasta el cogote. Por el Fine Arts, que es un relumbrón innecesario; si además de poner buenas películas apagarán un poquito de luces, agradeceríamos dos veces, porque da espanto cómo la desperdician para cumplir con la estética de la vitrina. Y no hablemos de los centros comerciales, de los pasillos que parecen quirófanos, pero también las tiendas, que uno les pediría que bajen la iluminación, ya no por el ahorro, ni por mitigar los efectos del calentamiento ni por nada, sino por pudor y por un elemental sentido de la salud visual: hieren la vista con los fognazos.

¿Cree el Fideicomiso que su mensaje va a llegar, no a la casita del ciudadano común que tiene un Santa Claus de plástico iluminado por detrás con una bombillita, sino a los grandes derrochadores que tradicionalmente se han sentido por encima del bien y del mal, por encima de los calentamientos y los anidajes? ¿Cree el Fideicomiso que es posible que esa gente se digne escuchar, simplemente a escuchar, y aunque pueden pagar mucho, aunque lo puedan pagar todo, nos hagan el favor de atenuar el festín?

Soy pesimista, la verdad, porque conozco el paño.